

Entre tanto, iba oscureciéndose sin cesar el horizonte político en Francia. «Ciegos están, á la verdad, esto no puede durar,» se lee bajo la fecha del 30 de marzo de 1830 en el diario de Guernon-Rauville, sucesor de La Bourdonnaye en el ministerio del Interior. En la fiesta que dió la corte á los reyes de Nápoles á su paso por París dijo Salvandy al duque de Orleans: «Señor duque, esta es una fiesta napolitana, estamos bailando sobre un volcan.»

Dos ministros, Courvoisier y Chabrol, espantados del abismo que se abría á sus piés, dimitieron, y ocuparon sus puestos Peyronnet y Chantelauze, que no eran hombres de dejarse dominar por escrúpulos. El 16 de mayo fué disuelta la cámara; el golpe de Estado estaba dado y no se hizo antes por no aguar, con la mala impresion que causaría, la alegría de la primera victoria de la expedición francesa á la Argelia.

Una de las anomalías mas inconcebibles de la historia moderna es que los Estados berberiscos del Norte de Africa hayan podido ejercer abiertamente, hasta muy entrado el siglo actual, su industria de piratas, y de robo y comercio de esclavos cristianos. Durante las guerras napoleónicas esta industria habia quedado reducida á su menor expresion por la presencia de las escuadras inglesas en el Mediterráneo, pero desde la paz habia recobrado su antiguo vuelo. Los celos entre las potencias europeas fueron el mayor obstáculo para que se concluyera con esta tiranía, porque los gobiernos, antes de avenirse y contribuir así á la prosperidad de otras naciones, preferían pagar tributo á los príncipes africanos para asegurar el libre tráfico de su marina propia. El gobierno de Austria firmó en 1814 un tratado con el sultan de Turquía para asegurarse su proteccion contra los piratas. El comercio inglés encontraba gran ventaja en que la piratería impidiese el desarrollo del tráfico de los Estados cristianos ribereños del Mediterráneo, y el gobierno británico, cuando el español celebró en 1816 un tratado con los Países Bajos contra los berberiscos, creyó que era obra del czar Alejandro, y su único temor era que diese ocasion á la Rusia para establecerse permanentemente en algun punto del Mediterráneo, á cuyo fin suponía que el coloso del Norte negociaba ya con el rey de España la cesion de la isla de Menorca. Adelantóse, pues, á este imaginario proyecto la Inglaterra, enviando una escuadra á las órdenes de lord Exmouth á la costa Norte del Africa, la cual arrancó á los soberanos de Túnez y Trípoli la promesa de suprimir el comercio de esclavos cristianos, y como el de Argel no quiso imitarlo, los ingleses bombardearon la ciudad y se apoderaron de los buques argelinos. Esto no obstante, al cabo de poco tiempo volvieron los piratas berberiscos á sus acostumbradas correrías.

El gobierno francés, además de las quejas generales de piratería, tenia otras particulares contra el gobierno argelino, sobre todo desde la subida al trono del bajá Hussein, en 1818. Este, por fin, obligó al gobierno francés á tomar providencias serias esperando solo una ocasion para castigar al insolente é incorregible moro. Esta ocasion se facilitó por ambas partes el 30 de abril de 1827, cuando el dey de Argel recibió corte con motivo de principiar el beiram. Quejóse en esta ocasion el dey al cónsul francés, que habia ido como todos los altos funcionarios argelinos y extranjeros á presentarle sus felicitaciones, de que el rey de Francia no habia contestado á una carta suya, á lo cual respondió el francés que un rey de Francia no entraba en corresponden-

revolucion de julio de 1830, á Mignet: «Para apoderarse de una corona hay que ser un gran hombre. Hay mas distancia (en este concepto) del Palais-Royal (morada del duque de Orleans) á las Tullerías que de Ayaccio á las Tullerías.»

cia con un dey de Argel. El dey, dominado por la ira al oír esta insolencia, pegó al cónsul con el abanico en la cara, y el rompimiento se hizo irremediable cuando el dey se negó á dar satisfaccion y en cambio mandó hacer fuego contra el buque parlamentario que el gobierno francés envió para tratar con el argelino sobre este asunto.

Por lo pronto limitóse el gobierno francés á bloquear la costa argelina; pero viendo que esta medida no producía efecto, tuvo que pasar adelante, echando mano de otras mas eficaces. Al príncipe Polignac no agradó esta complicacion porque coincidía con negociaciones secretas que tenia á la sazón con la Rusia, que habia ofrecido su alianza á la Francia para lo que le conviniera y por lo pronto para anular los tratados de 1815, que para la Francia vencida eran un oprobio constante. Polignac aceptó por lo mismo ávidamente la proposicion del emperador, que á la sazón estaba en guerra con la Turquía y tenia á su generalísimo Diebitsch con su ejército al pié de los Balkanes. Ya soñaba el ministro francés en destruir, con el auxilio de la Rusia, el predominio inglés en los mares, mientras el embajador británico, Wellington, creía tener en la persona de Polignac un amigo de su país en el gabinete francés. No se detuvo aquí la imaginacion del presidente del ministerio, sino que poco á poco se elevó á un plan mas vasto, nada menos que al de una nueva distribucion política en Europa, y todo esto para llegar á ser el hombre indispensable de los Borbones y de la Francia. Segun este proyecto magno, la Francia se apoderaría de todos los territorios no franceses á la izquierda del Rhin; la Rusia se incorporaría la Valaquia, la Moldavia, en Europa, y la Armenia en Asia; la Prusia tomaría la Sajonia, y para el rey de este país se crearía un reino de Austrasia en la orilla derecha del Rhin con Aquisgram por capital, é incluyendo toda la Holanda de allende del Rhin, cuyo rio seria frontera de Francia en todo su curso hasta su desembocadura en el mar. El rey de Holanda recibiría gran parte de la Turquía con Constantinopla, y Mehemet-Alí se quedaría con el Egipto como reino independiente. Para el caso de que el Austria entrase en la alianza, recibiría la Bosnia, la Herzegovina, la Servia turca y la Croacia, y si no entrara, perdería los territorios de Salzburgo y del Inn, que pasarían á la Baviera. Si la Inglaterra consintiese en este arreglo, recibiría las colonias holandesas, que en caso contrario se repartirían entre la Francia, la Rusia y la Prusia. Este proyecto estrictamente discutido, pesado maduramente, aprobado al fin en consejo de ministros y en presencia del rey y del heredero del trono, y enviado á San Petersburgo, adonde llegó cuando ya estaba firmada la paz de Adrianópolis; de suerte que todos estos brillantes ensueños se desvanecieron, y el cuerpo de tropas que el gobierno francés habia reunido en Cambray en la frontera de Bélgica, para invadir este país á la primera señal, no tuvo ya objeto.

Para eludir la guerra con el dey argelino habia propuesto Polignac á Mehemet-Alí la conquista de todos los Estados berberiscos del Norte de Africa, con el auxilio armado de Francia; pero este proyecto tuvo la misma suerte que el otro, pues que el sultan de Turquía prohibió á su vasallo semejante empresa, probablemente á instigaciones del gobierno inglés, y además se opusieron á la combinacion los colegas de Polignac; de suerte que no hubo mas remedio que castigar directamente al argelino.

Siendo ya ineludible la guerra, se preparó la expedición del mejor modo posible, aprovechándola al mismo tiempo para apartar la atencion de los franceses de los sucesos del interior y para borrar la mancha de ignominia y la impopularidad abrumadora que pesaban sobre el ministro de la Guerra, el general Bourmont, que recibió el mando de las

fuerzas de desembarque, con las cuales podia adquirir fama y gloria imperecedera.

Wellington protestó contra la empresa, pero sin resultado, contentándose el gobierno francés con asegurar que sus intenciones eran completamente desinteresadas.

El 14 de junio desembarcó el ejército francés, que pasaba de 30,000 hombres, sin encontrar resistencia en la península de Sidi-Ferruch; el 19 rechazó un violentísimo ataque de Ibrahim, yerno del dey, y el 4 de julio abrió el general francés el fuego sobre el palacio del dey, que dominaba la ciudad. Este palacio, despues de cinco horas de bombardeo mortífero fué evacuado y volado despues por sus defensores. Aquel mismo día, hácia la noche, entregóse el dey, despues de haber obtenido la seguridad de que serian respetadas su vida, su libertad, su hacienda privada y la libertad del culto mahometano, que profesaban sus súbditos. Al día siguiente, 5 de julio, entraron los franceses en la ciudad vencida. De allí se enviaron algunos buques á las aguas de Túnez y Trípoli, cuyos soberanos, aterrorizados, se conformaron á la primera intimacion con renunciar á la piratería y dar la libertad á todos los esclavos cristianos.

El éxito no podia haber sido mas brillante y excedía á toda ponderacion, pero no produjo ni remotamente sobre la imaginacion de los franceses el efecto que el gobierno habia calculado. Las torpes indirectas contra los «demás enemigos en el interior,» que el ministerio mezcló con sus felicitaciones al rey, exacerbaron á los liberales, que con mas pasion que nunca acudieron á las urnas. El rey, en lugar de calmar los ánimos, contribuyó con una proclama al país á echar nuevo combustible á la hoguera suplicando á los electores, aunque en tono afectadamente paternal, que se pusieran de su parte, despues de haber sufrido los ultrajes de la cámara disuelta, y declarando, al propio tiempo, inquebrantable su resolucion. Esta intervencion personal del rey en el gobierno á guisa de monarca absoluto, expuso tambien su persona y su trono á ataques directos de los elementos liberales, que mas que nunca sabian cuál habia de ser el blanco de sus esfuerzos en las elecciones. Era preciso ser ciego como Polignac y sus amigos para creer posible la victoria; y el desengaño fué cruel, porque la derrota del ministerio fué tan completa que la oposicion jamás habia soñado obtener tan gran triunfo. En efecto, habiendo propuesto en primer lugar la reeleccion de los 221 votantes de la contestacion al discurso de la corona, tuvo la inmensa satisfaccion de ver salir de las urnas los nombres de 202.

La alegría del triunfo no pudo tener toda la expansion que era natural porque á todos los liberales tenia suspensos la inquietud de lo que iba á suceder. Atendida la disposicion del rey y la actitud de todo el partido reaccionario, era inevitable el gran golpe de Estado que tanto tiempo se cernía en el aire. Las potencias extranjeras tambien lo temian, pero Carlos X despreció todos los avisos. El único representante extranjero que en lugar de desviarle de su loco empeño le impulsó mas á perseverar en él, fué el nuncio Lambruschini, porque hasta el emperador Nicolás y el mismo Metternich procuraron con vivas instancias disuadirle de toda violacion de la constitucion, para evitar los grandes desórdenes que irremisiblemente habian de sobrevenir en caso contrario. Todo fué inútil con un monarca de entendimiento limitado y terco, que no alcanzaba por qué no habia de ser posible en Francia lo que tan poco trabajo habia costado á don Miguel en Portugal, y que se dejó persuadir de que el artículo 14 de la constitucion, que decía: «El rey.... dicta los reglamentos y las órdenes necesarias para la ejecucion de las leyes y la seguridad del Estado,» le autorizaba para todo. Polignac, que creía firmemente recibir sus inspiraciones directamente

del cielo por la mediacion de la Virgen, confirmaba al rey en su resolucion asegurándole que no le faltaria el auxilio divino; y tan firme era esta fe en el ánimo del ministro que tambien omitió por su parte toda disposicion, aconsejada por la prudencia mas elemental, para el caso de encontrar resistencia. La guarnicion de la capital no llegaba siquiera á su fuerza normal, y para no divulgar antes del momento decisivo el plan, no habia dado el menor aviso á nadie, ni siquiera al mariscal Marmont, el cual estaba destinado á tomar el mando en jefe del ejército, ni al ministro de la Guerra interino en ausencia de Bourmont, ni al prefecto de policía. Los únicos iniciados eran el rey y su ministro, que querian aturdir al país con el golpe de Estado para no dejarle tiempo de organizar la resistencia. Divertíanse como niños con su gran empresa y el secreto en que la traían envuelta. Hasta el último instante negó el mismo rey á los diplomáticos extranjeros que tuviese la menor intencion de golpe de Estado cuando ya lo tenia definitivamente resuelto desde mucho tiempo, y tambien dió la misma contestacion rotunda á Rothschild, que fiado de la palabra del rey se encargó con toda tranquilidad de un empréstito bajo condiciones ventajosísimas para el gobierno. A los pares y diputados se enviaron las invitaciones de costumbre para la apertura del parlamento, fijada para el día 3 de agosto, y cuando ya estaban firmadas las cinco reales órdenes del golpe de Estado se divirtió todavia Polignac en engañar á los concurrentes de una tertulia, contándoles el contenido del discurso de la corona. Sin embargo, la farsa debia ser descubierta pocas horas despues, porque á la mañana siguiente el periódico oficial, el *Moniteur*, insertó las reales órdenes ya preparadas y que firmaron los colegas de Polignac á última hora y con hondo pesar. En estos documentos el rey, apoyado en el artículo 14 de la constitucion, suprimía la libertad de la prensa, disolvía la cámara de diputados, daba una nueva ley electoral, convocaba las nuevas cortes para el 28 de setiembre y nombraba además varios miembros nuevos para el consejo de Estado.

Toda la mañana pasó antes que estas disposiciones fuesen bien conocidas, y aun entonces la gran masa del público se mantuvo indiferente. La primera señal de resistencia salió de los periodistas, que en bastante número se reunieron en casa del célebre abogado Dupin, para asesorarse con él y ajustar su conducta á lo que les dijera. Dupin declaró que las reales órdenes no estaban dentro de la legalidad existente y que por lo tanto nadie estaba obligado á acatarlas; sabido esto, fueron á reunirse todos á la redaccion del *National*, que en adelante fué el órgano principal y cuartel general del movimiento. Allí decidieron unánimemente seguir publicando sus respectivos periódicos á pesar de todo y sin nuevo permiso del gobierno, y mientras estaban todavia discutiendo se compuso un número del *National* con una protesta redactada por Thiers, se imprimió acto continuo y se repartieron miles de ejemplares (1). A esto se limitó por de pronto la resistencia; en las calles hubo un poco mas movimiento que de costumbre, pero no se turbó la marcha normal de la vida del pueblo; los teatros funcionaron como de costumbre, los demás locales y hasta los salones de los ministros estuvieron

(1) La protesta decía: «A pesar de todas las seguridades dadas, ha quedado quebrantado el gobierno legal y ha empezado el reinado de la fuerza bruta. En la situacion actual la obediencia cesa de ser un deber. Los periodistas, que deben dar el ejemplo del respeto debido á las leyes, deben tambien darlo de la resistencia á la autoridad cuando ella misma se despoja de su carácter legal. Se excita á los diputados á oponerse igualmente al ultraje hecho á las leyes. Desde hoy ha perdido el gobierno el carácter de legalidad y el derecho á la obediencia. En cuanto á nosotros, resistiremos; la Francia dirá hasta dónde quiere resistir.»

tan concurridos como siempre, y Carlos X pasó todo el día en una cacería en Rambouillet, siendo felicitado, á su vuelta á Saint-Cloud, por su nuera la duquesa de Berry, que le dijo que solo desde aquel día podía llamarse rey.

Francia es un país ya de costumbres revolucionarias y en el cual las pasiones políticas inflaman y arrebatan muy pronto á las masas, de modo que allí toda resistencia legal degenera invariablemente en insurreccion, como sucedió tambien esta vez. Al rayar el día siguiente, 27 de julio, declaróse el movimiento entre los operarios de las imprentas cerradas y entre los estudiantes. Habiendo vuelto á publicarse el número correspondiente del *National* sin autorizacion, la policía invadió el local y rompió las prensas; pero apenas se hubo marcha-

do cuando se arregló la redaccion de una manera ú otra y se publicó una hoja volante violentísima. En la imprenta del *Temps* sucedió una cosa análoga, con cuyo motivo se aglomeró allí una gran muchedumbre. En casa de Perier se reunieron 37 diputados, que á la sazón se hallaban en Paris, y despues de una larga consulta que acabó con la resolucion de publicar tambien una protesta, se separaron. Entretanto habia ido aumentándose el gentío en las calles y costaba cada vez mas trabajo á los gendarmes disolver los grupos á medida que se iban formando. Hacia el mediodía el gobierno comunicó á Marmont su nombramiento de general en jefe de las fuerzas de Paris, y si bien no aprobó la conducta del gobierno, nada podia negarle habiéndose prestado á ser



Bombardeo de Argel en 4 de julio de 1830.

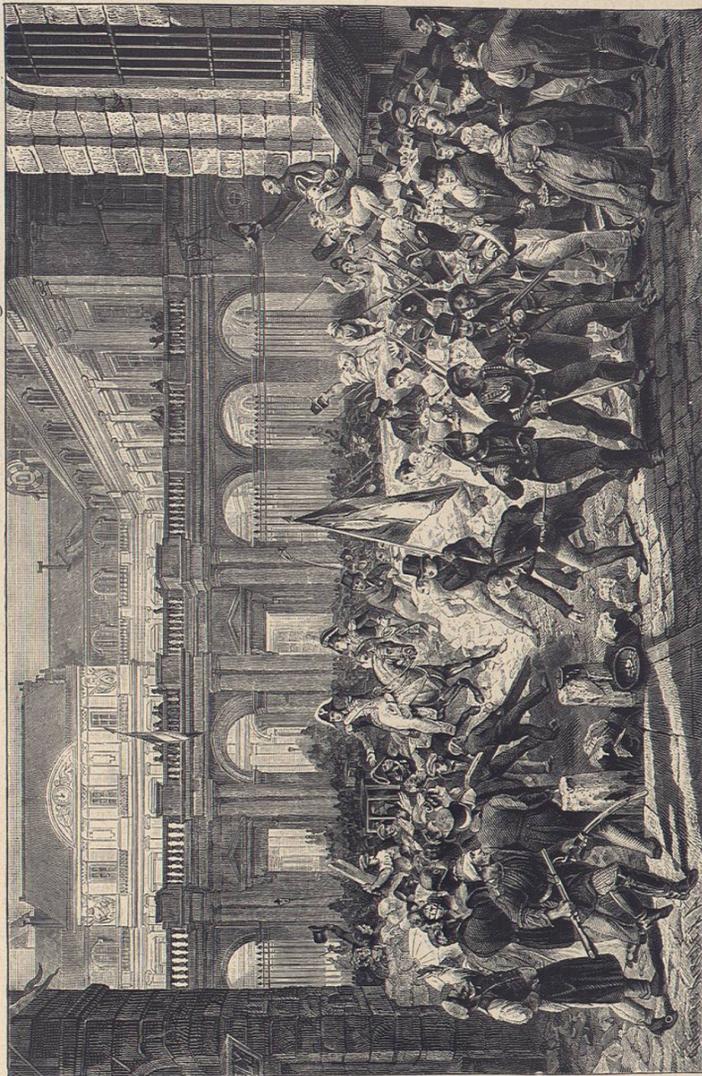
Copia de un grabado en acero por Stelton. Hállase el cuadro original en la galería histórica de Versalles

instrumento ciego de la reaccion desde que el rey habia pagado sus deudas. El nombramiento de este general, que en 1814 habia capitulado y entregado la capital de Francia á los aliados, acrecentó la ira del pueblo. A pesar de todo, fácil habria sido sofocar la insurreccion en su principio, cuando todavia no obedecia á un plan y á una direccion comun; pero en lugar de 18,000 hombres de tropa resultó que solo habia 11,000, y que para estos no habia víveres. Sin embargo, aquel día tomaron sin gran trabajo varias barricadas que se fueron levantando en algunas calles, y por la noche se retiraron á sus cuarteles.

Mientras aquella noche el rey estaba tranquilamente jugando en el palacio de Saint-Cloud, se formaron en los diferentes distritos de Paris juntas revolucionarias que dieron á la insurreccion la organizacion que le faltaba. Lafayette, que habia llegado entretanto, se encargó ocultamente de la direccion militar, y desde aquel instante el movimiento revolucionario dejó ya muy atrás á Thiers y demás apóstoles de la resistencia legal. En el trascurso del día siguiente, 28 de julio, la situacion de Marmont se fué haciendo de hora

en hora mas difícil; la insurreccion adquiria cada vez mayores proporciones, el mariscal no sabia qué hacer; sus tropas, rodeadas de barricadas hechas militarmente por todos lados y expuestas á un fuego violento que se les dirigia desde todas las ventanas, mostraban pocas ganas de pelear. Dos veces pidió el mariscal instrucciones por escrito, enterando al rey de la gravedad de su situacion; pero pasaron muchas horas hasta que recibió la insuficiente contestacion de que concentrara sus fuerzas, que se sostuviera y que aguardara las órdenes que se le enviarian á la mañana siguiente. La culpa de esto tuvo Polignac, que desde las Tullerías enviaba tambien noticias, pero enteramente tranquilizadoras, á Saint-Cloud.

Los diputados de la oposicion celebraron su segunda reunion; pero solo asistieron catorce, que adoptaron y firmaron la protesta redactada por Guizot; y para dar á este documento mas autoridad pusieron al pié tambien los nombres de los diputados que no habian acudido esta vez á la cita. Al propio tiempo decidieron verse con Marmont, para ponerse por su medio en relacion con el gobierno; pero Po-



El duque de Orleans yendo del Palacio Real á las Casas Consistoriales, el 31 de julio de 1830 (copia del cuadro de H. Vermet)

lignac, que vió en esto el preludio de su sumision, se ensoberbeció y no quiso siquiera recibir una comision de los diputados. Tambien se dijo que la noche anterior se le habia aparecido la Virgen y le habia prometido su auxilio. Esta seguridad se comunicó á la corte en Saint-Cloud, donde el rey por la noche volvió á jugar tranquilamente su partida de naipes, y el príncipe heredero su ajedrez, aunque los cristales de las ventanas temblaban al estruendo del fuego de artillería que se hacia en Paris. El duque de Mortemart, embajador del gobierno francés cerca del emperador de Rusia, pero á la sazón con licencia en Paris, llegó de la capital para abrir los ojos al rey obcecado, decirle que habia visto ondear la bandera tricolor sobre la catedral y sobre el palacio muni-

cipal, y enterarle en fin del estado verdadero de los sucesos; pero se le dijo que volviese á la mañana siguiente, que su majestad estaba ya acostado; y cuando por la mañana cumplió su mision y trató de convencer al rey de que era imposible sostener al ministerio y las cinco reales órdenes, no consiguió mas que poner al rey de mal humor y que le dijera: «Ya sé á dónde conducen las concesiones; no quiero subir al carro como mi hermano.»

En la mañana del 29 renovóse la lucha en las calles con mas violencia que antes. Marmont, que ya habia perdido cosa de dos mil quinientos hombres, en su mayoría hechos prisioneros y desertores, no creyendo prudente desmembrar los que le quedaban, y obedeciendo á las instrucciones reci-



El 28 de julio de 1830 en Paris. La Libertad guiando al pueblo.
Copia del lienzo de Delacroix, que se encuentra en el palacio de Luxemburgo, en Paris

bidar, concentróse en el Louvre y en las Tullerías contiguas, donde creyó poder sostenerse hasta recibir refuerzos; pero esta retirada entregó á los insurrectos la mayor parte de la capital é hizo decir á Talleyrand, mirando el reloj: «El 29 de julio, á las doce y cinco minutos, ha cesado de reinar en Francia la rama mayor de los Borbones;» y al instante fué á ponerse á las órdenes del duque de Orleans y á darle los consejos que requería el caso.

Al propio tiempo dos pares del reino, Semonville y Argen-son, consiguieron penetrar en las Tullerías hasta Polignac, al cual instaron á que retirase los cinco decretos é hiciera dimision del ministerio; y recibiendo una contestacion negativa, corrieron á Saint-Cloud, donde suplicaron al rey, de rodillas y con lágrimas en los ojos, que cediera. Habíanles seguido los ministros, y Carlos X los reunió efectivamente en consejo; pero mientras se discutia llegó la noticia aterradora de que dos regimientos, arengados por Casimiro Perier, en la plaza de Vendome, se habian pasado á la insurreccion, poniéndose á disposicion de los diputados liberales de la

cámara; que esta desercion habia obligado al mariscal á evacuar el Louvre, y que su retirada habia degenerado en derrota hasta el Arco del Triunfo; que las Tullerías estaban en manos de los insurrectos y el palacio arzobispal en las de saqueadores; que toda la ciudad, á la izquierda del Sena, estaba tambien evacuada por las tropas, y que doscientos suizos habian perecido despues de una resistencia heróica entre las llamas del palacio Bourbon incendiado, ó degollados por el pueblo, y por último, que la autoridad del rey habia cesado de existir. El mensajero que llevó estas noticias fué el mismo mariscal Marmont.

En vista de esto decidióse el rey, bien que contra su voluntad, á encargar á Mortemart, que aceptó con repugnancia, la formacion de un nuevo ministerio, en el cual debian entrar Casimiro Perier, el mariscal Gerard y otros politicos de este color; pero en la inteligencia de que antes de pasar adelante debian aguardarse nuevas noticias. A las seis de la tarde autorizó por fin el rey á los señores de Semonville, Vitrolles y Argout á llevar á Paris la nueva del cambio de